

4 de octubre, Madre Maria Eugenia está en Nîmes. Ella permanecerá ocho meses durante la guerra, el sitio de París y la Comuna. Las hermanas han guardado el resumen de sus Capítulos.

DE LA ADORACION

Nîmes, domingo 9 de octubre de 1870

Hermanas,

Quisiera decirles unas palabras sobre el espíritu de adoración. La adoración forma parte de la virtud de religión que no les explicaré, ustedes saben todas en que consiste. Es esa gran devoción a Dios tan desconocido en el mundo, y la cual todas las otras deben resultar. Es Dios conocido, Dios servido y adorado, obedecido, glorificado, Dios centro, la infinitud de los seres convergiendo alrededor de él.

Veamos, hermanas, si tenemos esa devoción bien regulada, si Dios es nuestro centro, si él es el primer principio de nuestros actos, el fin, el objetivo de nuestros pensamientos, de nuestra vida toda entera. ¡Ay! ¡cuántas veces nos encontramos que nos hemos sustituido a Dios, que somos nosotras las que nos colocamos en el centro de nuestra vida y que no consideramos los acontecimientos que en relación a nuestros intereses sin ver la voluntad de Dios! Examinemos, hermanas, si tenemos esa verdadera devoción que es la primera de todas las devociones y si sabemos llevar todo a él cómo a nuestro verdadero fin.

Ese olvido de los derechos de Dios es casi general y es quizás lo que es para nosotros la causa de tantos sufrimientos en el momento presente. Pero para nosotras que somos de Dios en razón de una consideración especial, ¿sabemos adorarlo sin cesar y darle en unión de su Hijo el culto que le debemos? Nuestro Señor en esta casa les recuerda a cada hora lo que Dios merece de adoración, pues en el Santísimo Sacramento ya no está en el estado de víctima y de sacrificio como cuando él se ofrece en la Misa, representando muy realmente de una manera no sangrienta el sacrificio de la Cruz. Cuando está expuesto sobre el altar él está en adoración, anonadado delante la Majestad de su Padre, él está implorando por nosotros, él es nuestra oración y en unión a sus anonadamientos, a su adoración que hay que rezar siempre.

¡Oh! aprendamos de Jesús en el Santísimo Sacramento, a anonadarnos delante de la majestad infinita de Dios Padre. Entonces nuestra vida será apacible y dulce, siempre abandonada a la conducta de Dios. Dios es todavía tan poco en nuestra vida. ¡Cuántas ocupaciones de nosotras mismas, de búsqueda de nuestras comodidades, y sin embargo somos religiosas!

Y en el mundo, ¡vean como Dios es desconocido! A tal punto que hablar a la gente del mundo del Cielo, de esta presencia de Dios sin fin, de Dios amado, adorado, glorificado en nosotros, Dios en fin todo, y nosotros abismado, anonadado delante de su rostro, apenas si ellos nos comprenderán. Dios es tan puesto de lado que no existe en ellos ningún deseo. El deseo del Cielo, el pensamiento de alabar a Dios eternamente en el Cielo no entra para nada en sus vidas. Propongan a alguien que pase veinte cuatro horas pensando en el Cielo, deseándolo, encontrarán eso bien aburrido. Ciertamente eso se comprende porque Dios entra tan poco en la vida de la mayoría de la gente del mundo.

¿Y nosotras, hermanas? ¿Qué lugar tiene Dios en nuestras vidas? ¿Le damos lo que le debemos? ¿Qué lugar tiene en nuestras penas? Yo no hablo de ciertos dolores legítimos como la pérdida de los seres que amamos. La muerte rompe siempre nuestros corazones porque es una consecuencia del pecado, no estaba en el plan primitivo de la creación. Pero todas esas pequeñas penas que vienen de un trabajo que nos cuesta, de una observación hecha, etc., cómo desaparecerían si viéramos ante todo a Dios y su beneplácito. Como nuestras susceptibilidades se evaporarían si vemos en nuestras hermanas criaturas perteneciendo a Dios, consagradas a él y sus Esposas y no como debiendo servir a nuestro gusto, a nuestra satisfacción, y lo mismo de las niñas y de las demás personas.

Tratemos de comprender esta primera obligación de nuestra vida de adoración y entreguémonos sin reserva a Jesucristo, como él se entrega a Dios su Padre.